

# COMENTARIO

## DE MIGUEL DE UNAMUNO

1-347

157/387

AL malicioso—¡pobre diablo! (y *diablo* en su sentido etimológico)—que me escribe comentando mi último *Comentario*, aquel en que yo comentaba el alza en la venta de mis obras literarias, debo decirle que yo, propiamente, no vivo de escribir, sino que vivo para escribir, que mi vida es mi obra y mi obra es, á la vez, mi vida.

En mi obra *Del sentimiento trágico de la vida* y al tratar del problema práctico, he establecido cómo el hombre, todo hombre, debe tratar de hacerse insubstituible, cada uno en su oficio. Como el más grave y más hondo problema social, el que está en la base de todos ellos, no es un problema de reparto de riquezas, de productos de trabajo, sino un problema de reparto de vocaciones, de modo de producir. Y como se llega á la tragedia de esos oficios de lenocinio en que se gana la vida—¿se gana ó se pierde?—vendiendo el alma, en que el obrero trabaja á conciencia no ya de la inutilidad, sino de la perversidad social de su trabajo, fabricando el veneno que ha de ir matándole, el arma acaso con que asesinarán á sus hijos. «Este—decía yo allí—y no el del salario es el problema más grave.»

Aquí, en París, hablo con frecuencia, y con hombres tan inteligentes como sensibles, del pavoroso estado de conciencia moral de la trasguerra. A una exacerbada aspereza en lo que se llama la lucha por la vida—y no es sino la lucha por gozar de la vida—se une una exaltación del apetito de gozar. «Máximo de trabajo con máximo de goce—se dice.

Peró ¿y cuando uno halla su mayor goce en su propio trabajo? ¿Cuando goza en trabajar? ¿Cuando goza en consumir no el producto de su trabajo, sino su propia producción? Quiero decir cuando su goce es producir.

«Yo produzco consumo», decía un lector infatigable é inteligente á quien le preguntaba por qué no escribía, por qué no producía. Y hay quien puede decir: «Yo consumo producción». ¡Feliz el trabajador para quien es la mayor recompensa su trabajo! Aunque tenga, en otro sentido, que vivir de él, aunque tenga que procurarse con su trabajo medios para poder seguir trabajando, para llevar adelante su obra, que es la eternidad de su alma.

Cuando un hombre que empezó soñando en su obra, en la obra de su vida, en la eternidad de su alma, bajo el velo de la gloria ó de la ambición, cae en que «hay que vivir la vida» y se entrega á otros devaneos, es que ya no cree en sí mismo, no cree en su propia eternidad, no cree en su obra, no cree en el espíritu, no cree en Dios. Y es un hombre que al perderse para sí mismo se ha perdido para los demás.

¡Austeridad! ¡Austeridad! Eso que los ingenuos llaman austeridad suele ser ansia de vida, ansia de más vida, ansia de eternidad de vida, ansia de eternidad de alma. Y eternidad no es lo mismo que inmortalidad. La eternidad está por encima ó por debajo del tiempo, no á lo largo de él; es su substancia, no su envoltura.

Hay pobres chicos que llegan acá, á sus veinticinco años, á este París por donde á esa misma edad pasé yo durante quince días y creen venir á gozar, á gozar de París. Yo entonces, hace treinta y cinco años, no gocé de ese su París, pero gocé aquí intensamente con los recuerdos de mi rincón natal y con el ensueño del hogar que me preparaba á crear. París me iluminaba aquellos recuerdos, me encendía aquel casueño. París me ayudó á realizar mi obra, á vivir mi vida, no la vida de París. Y ahora,

cuando he entrado en los sesenta, París vuelve á iluminarme recuerdos, vuelve á encenderme ensueños. Y me ayuda—¡bendito sea París por ello!—á gozarme en mi obra, en la obra de mi vida.

Hace cosa de un mes, á fines de Octubre, cuando casi todos los días atravesaba el jardín del Luxemburgo, envolvía mis recuerdos y ensueños en la visión de la caída de las hojas doradas ya por la muerte. Y entonces escribí:

Dradas hojas de la lenta tarde de mi vida y del año: sueño al veros las piedras de oro—¡sus rojos letreros!—de Salamanca donde Dios me guarde. Corazón: nunca has sido tú cobarde; esas hojas te anuncian los primeros hielos de aquí en París, ¡oh, los braseros donde el rescoldo entre cenizas arde! Noches en que la lumbre sosegada dormía en tanto que fuera el roloto despertaba á la vida en la alborada; noches en que sentí sobre mi frente la mano del Señor que de la nada me iba exprimiendo el sueño que no miento.

Y del que se sale reconfortado para seguir trabajando, para seguir fraguando la propia obra, haciéndose un alma eterna y así enriqueciendo á Dios.

Ó es que ha de haber gozado de París más que yo cualquier mequetrefe deportivo y casquivano que se haya ido de aquí dejando á alguna cortesana de alto bordo un retrato con dedicatoria en recuerdo de su primera noche de Thais?

Todo el fondo moral del problema llamado social es cosa de vocación y nada más que de vocación. ¡Ay del hombre que no halla su goce en cumplir su obra! ¡Ay del que no ama su oficio!

Y otro día de cómo bretan del mismo manadero mis efusiones líricas y sentimentales y mis dedecaciones de patriota, de cómo poeta y profeta es lo mismo.

## MÉJICO Y ESPAÑA



Colocación de la primera piedra del «Sanatorio y Asilo», de la Beneficencia Española, en la colonia «Chapultepec, acto que apadrinó el Sr. Ministro de España en la capital mejicana

UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA  
FOT. ALCALDE



Catalina Bárcena, insigne actriz dramática que ha alcanzado un gran éxito en la comedia «Cuando empieza la vida», estrenada en el Teatro Eslava

**C**ATALINA Bárcena es uno de los más altos prestigios del arte escénico contemporáneo. La primera actriz del Teatro Eslava es un delicado temperamento artístico, flexible, complejo y cultivado que encarna la comedia moderna maravillosamente. Catalina Bárcena posee en sumo grado, con su ductilidad tan exquisitamente femenina, los más nobles recursos dramáticos. Favorita del público, la insigne actriz acierta á renovarse constantemente, y este estudio fecundo y bien orientado la hacen cada día más artista y mejor comedianta. En la obra «Cuando empieza la vida», original del ilustre dramaturgo Sr. Linares Rivas, Catalina Bárcena ha obtenido uno de esos éxitos rotundos y clamorosos que son fecha de consagración definitiva en la vida de un artista. En la comedia del insigne académico, tan interesante, hábil é ingeniosa como todas las suyas, Catalina Bárcena realiza una prodigiosa creación que el público refrenda con su entusiasta aplauso.